

de don Pedro Banegas Torrijos y doña Ana de Otálora; de don Sebastián de Velandia y doña Clara Suárez de Figueroa, de la familia del fundador de Tunja.

Los siguientes familiares de don Martín, fueron estudiantes del Rosario:

José Jacinto Flórez de Acuña. Fue canónigo y rector de este Colegio.

Nicolás. Obtuvo los mismos títulos que el anterior.

Francisco, Juan y Agustín, hermanos de los anteriores.

Francisco José, Bernardo, José y Antonio Flórez y Banegas.

Pedro Tomás y Martín Gerónimo Flórez y Olarte, hijos de don Bernardo.

Don Francisco y don Bernardo Antonio Flórez y Banegas, fueron troncos de distinguidas familias santafareñas, de las que provinieron los Caicedo y Flórez y los González Manrique y Flórez (1).

ALFONSO HERNANDEZ Y LESMES

REMINISCENCIA

Siempre será dulcísimo el recordar. Es más humano entrar en los dominios del pasado, porque ese diablillo del presente es demasiado sutil y fugaz. Y es menos prudente entenderse con el futuro cuyo rostro es borroso e incierto.

Por eso deseo volver los ojos a lo que fue. A ese pasado menos desdeñoso y esquivo, que nos guarda en su seno cosas tristes y alegres. Dejemos a un lado a ese relámpago que se llama presente y a ese marti-

(1) Fuentes citadas.

rio que se llama futuro, y lancemos una mirada a lo que se ha quedado atrás.

Era el año de mil novecientos veinte, y resolvieron en mi casa mandarme a estudiar a Bogotá en calidad de interno. Y el colegio elegido fue el Mayor del Rosario, cargado de glorias y de años. Eran las seis de la tarde de un día del mes de febrero del citado año, cuando me encontraba recostado a la columna que mira al aula de metafísica y que se apoya en el vértice de uno de los ángulos del patio principal.

El cielo estaba de un color gris, y hacía un frío cruel.

Los estudiantes se paseaban por los amplios corredores del colegio, y conversaban de novias lejanas, unos, y de lo difícil de ciertas materias, otros. Todos al pasar me miraban con cierta compasión mezclada de una suave sonrisa.

Trataba yo de ocultarles mi tristeza, pero si se pueden ocultar los dolores de la carne, jamás los del espíritu.

A veces me provocaba burlar la vigilancia del anciano portero, y salir corriendo. El recuerdo de la casa paterna producía en mi alma de catorce años un extraño temblor, el cual llegaba a su colmo con ese otro temblor producido por el frío de la tarde.

En estas estaba, cuando al volver la cabeza, veo que frente al gabinete de física, con paso lento y aristocrático, se dirigía al lugar en el cual yo me encontraba, el ilustre Rector del colegio. Me quedé mirándolo con cierto aire de huérfano. Como a los cuatro metros de mí, el señor Rector me dirigió estas palabras: «Mucharejo, qué le pasa?»

Con paso vacilante, y lleno de ese respeto que la persona de méritos y de años infundé en las almas jóvenes, me dirigí a Monseñor.

Cuando estuve a dos pasos de él, le dije: «Estoy un poco acobardado, pues es la primera vez que me separo de la casa, y además no tengo ni un amigo y sí tengo mucho frío»

«Venga nos paseamos y charlamos un rato, y verá» . . . dice Monseñor, y continúa: «El colegio fue destruido casi totalmente por los terremotos hace algunos años, y fijese cómo está ahora con el auxilio de la "Bordadita" y de sus buenos hijos; y mire, dijo señalándome el techo con la mano derecha, esos huecos que les he dejado a las golondrinas para que fabriquen sus nidos y se libren del frío y de la lluvia.»

De mi pecho se escapó un largo suspiro, y mi corazón saltó de alegría, al ver que el cariñoso Rector me hablaba de golondrinas, de esas aves compañeras de los niños; puras e inquietas como ellos.

Monseñor iba a continuar, cuando la vieja campana del Colegio sonó, y entonces Monseñor me dijo sonriendo: «Ahora, a rezarle el rosario a la "Bordadita."»

Al separarme del señor Rector, el nombre atrayente de la "Bordadita," se quedó sonando en mis oídos.

Cuando al principiar la conversación oí ese nombre, no me preocupé, y creí que se tratara de alguna asociación de hombres amantes del claustro de Torres, o de una millonaria señora, que por amor al Colegio le hubiera dado una gorda suma para que lo reconstruyeran.

Pero ahora se trataba de irle a rezar el rosario. Después supe de labios de Monseñor la gloriosa historia de esta Señora, la millonaria por excelencia.

El ilustre Rector había comprendido mi *mamitis* (enfermedad ésta que está en proporción directa de la distancia), y la había curado. Y mi alma que como una de esas golondrinas de que él me hablara, había estado

revoloteando en busca de un rinconcito para librarse del frío, ya estaba llena de una dulce tranquilidad.

Y hoy cuando vuelvo al pasado la mirada, y recuerdo este episodio de mi vida estudiantil, siento un delicioso estremecimiento.

J. NARANJO ARANGO

Colegial de número.

Bogotá, mayo de 1925.

CLAUSTRO DEL COLEGIO

ADICIÓN

Por omisión involuntaria no se incluyó en el Claustro publicado en el número pasado el nombre del doctor Pablo Gregorio Alfonso, que es profesor de derecho civil en este Colegio, individuo de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y ha sido secretario de justicia en el extinguido departamento de Quesada; juez del distrito de Zipaquirá; magistrado temporal del Tribunal de Cudinamarca; juez del circuito de Bogotá en lo civil; catedrático de lógica y literatura preceptiva en el Colegio de Pío X.

El doctor Manuel José Barón es además de consiliario, profesor de procedimiento judicial.

SALUDO

Procedente de Panamá, donde ocupaba el cargo de ministro, ha llegado el señor doctor don José María González Valencia, decano de nuestra Facultad de Derecho. El Claustro se congratula por el regreso del eminente profesor y jurista y le envía un efusivo saludo de bienvenida.